

Fernando Betancourt Martínez

Historia y cognición. Una propuesta de epistemología desde la teoría de sistemas

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas/Universidad
Iberoamericana

2015

344 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 12)

ISBN UNAM: 978-607-02-6586-0

ISBN UIA: 978-607-417-316-1

Formato: PDF

Publicado: 10 de agosto de 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/historia/cognicion.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio, sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Prólogo

El estudio que aquí se presenta tiene por objetivo desarrollar una perspectiva de la disciplina histórica como sistema operativo. En ese sentido, no se trata de un ejercicio de fundamentación tal y como se ha entendido desde el siglo XIX. Por más que diversas tradiciones de pensamiento hayan coincidido en la necesidad de aclarar las bases que permiten a los historiadores producir interpretaciones, emitir juicios o articular conocimientos sobre realidades pasadas, no se han dejado de exhibir los límites de esa empresa. Acudiendo a un sinfín de argumentos — algunos sacados de la filosofía de la ciencia en su versión empirista, otros más relacionados con la hermenéutica en su modalidad romántica o incluso posterior a Dilthey —, cada tanto se asume que ese asunto puede darse por concluido.

La orientación que atraviesa los cinco capítulos que conforman este libro podría muy bien concordar con la aseveración previa, si no se tomara en cuenta que las razones aducidas son diametralmente diferentes. Si el asunto está concluido, la disyuntiva que se plantea es aceptar que los problemas de justificación formal han sido finalmente solventados, o asumir que en realidad se trata de otro tipo de problemas no reducibles a la semántica convencional de la noción. En el primer caso, la teoría ha permitido clarificar las bases que sostienen a la historia como empresa científica, legitimando con ello el conjunto de procedimientos que concluyen en interpretaciones, juicios o conocimientos sobre eventos pasados; los que exigen justificación son los productos alcanzados conceptualmente y validados por un orden metodológico indudable. En el segundo caso, no se trata de teorizar sobre la consistencia intrínseca de las *representaciones* historiográficas, sino de describir reflexivamente la lógica operativa involucrada. Esto último requiere, por tanto, de un instrumental analítico diferente al ensayado. El paso de los productos al proceso ejecutado previamente no es simplemente resultado de una acumulación de logros que han transitado ya por su propio *umbral*

epistemológico. Lo que se presenta entre un ejercicio y otro no es otra cosa que el fenómeno de *discontinuidad*, llamado en la actualidad a sustituir ese sentido de progreso formulado por las enfáticas expectativas previas. A tal punto llega ahora esta presunción que la duda que preña a la labor de justificación formal — la teoría en su proyección más abarcadora — puede incluso extenderse a la propia ciencia objeto de deliberación reflexiva. Simplemente plantear que el objetivo de una y otra sea la clarificación, la ilustración sobre una zona de obscuridad o la determinación absoluta de lo que es como tal, parece ser sólo expresión nostálgica de una época pasada.

Aquí se puede introducir una enseñanza de la sociología del conocimiento susceptible de generalización. Podemos dar por descontado que las opciones que se han desplegado desde el siglo XIX en términos cognitivos — por tanto, no sólo de la sociología del conocimiento — se han orientado insistentemente a tratar de corregir “los errores” que se presentan en el campo científico. Pero el índice de discontinuidad señalado apunta, por el contrario, a que lo que debe ser corregido es el conjunto de “las verdades” que se han producido en esa labor reflexiva.¹ En realidad, este cúmulo de aspiraciones y las maneras de tratarlas — ya sea en el campo de aplicación metodológica, ya en el ejercicio desplegado como racionalización de esa aplicación — corresponden a la conjunción de criterios tomados de manera implícita. Esto es, se trata de un emplazamiento a partir del cual se vuelven visibles los problemas y las maneras de resolverlos. Esto, por supuesto, a condición de mantener invisible la consistencia de ese emplazamiento. Aquí aparece una paradoja: se justifican los procedimientos y los resultados aportados, pero nunca aquello que permite identificarlos y racionalizarlos. Pero esto no es un error de perspectiva, es lo propio de toda perspectiva — incluso de la que aquí se propone —, lo que no obsta para reconocer los desniveles, es decir, las diferenciaciones que en cada caso se producen. Asumir la discontinuidad por sobre la continuidad o la tarea de revisar las verdades

¹ Esta perspectiva de Peter L. Berger y Thomas Luckmann la cita Niklas Luhmann como un indicador de la situación que guarda la discusión en el terreno de la sociología interesada en la condición social del conocimiento. Niklas Luhmann, *La ciencia de la sociedad*, trad. de Silvia Pappe, Brunhilde Erker y Luis Felipe Segura, bajo la coordinación de Javier Torres Nafarrate, México, Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente/Anthropos, 1996, p. 55.

más que los errores, son sólo otras manera de observar, otros emplazamientos de visibilidad, pero condicionados a límites precisos. Si toda observación es una operación que puede identificar algo es porque ella misma introduce una diferenciación previa.

Observar es diferenciar.² Entre estas dos modalidades de observar el conocimiento histórico, entonces, se introduce una diferencia entre los tipos de diferenciaciones involucradas en cada caso. Lo interesante es que dichas diferenciaciones parten de una distinción temporal —*pasado/futuro*— que es central para el propio conocimiento histórico y que plantea una circularidad nada casual. Para la teoría de la historia convencional, solidaria con esa reflexión cognitiva interesada en errores y continuidades, la historia es un saber que se distingue por sus referencias al pasado. Mientras que la reflexión operativa, inclinada a revisar la distinción *continuidad/discontinuidad* y *verdad/no verdad*, sólo puede optar por el futuro del pasado. No sólo se trata de dos maneras de definir el saber histórico, ciencia del pasado en el primer caso, ciencia del presente en el segundo; tampoco se trata sólo de dos tipos de ubicaciones temporales diferentes. La disparidad no se reduce, por tanto, al gesto de indicar uno de los dos lados de la distinción.

La primera opción se ciñe a indicar uno de los lados de la distinción; la segunda hace algo más: alude a la *unidad de la distinción*. Los desniveles que se presentan corresponden, en suma, a los niveles acordados de la propia operación de observar. La teoría de la historia que parte de la definición *ciencia del pasado*, construye un conjunto de observaciones característicamente de primer orden, siempre y cuando se considere que son así sólo para las observaciones de la opción operativa. Esta última, como puede notarse, adquiere la funcionalidad de un observador de segundo orden.³ No se trata de que esa venerable teoría pueda llegar a adquirir aquel segundo nivel de observación sobre las observaciones historiográficas, pues

² Niklas Luhmann, *Introducción a la teoría de sistemas*, lecciones publicadas por Javier Torres Nafarrate, México, Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 2009, p. 156.

³ “La manera más simple de abordar el contenido programático del concepto de observación de segundo orden es pensar que se trata de una observación que se realiza sobre un observador. Lo que exige el concepto es delimitar que no se observa a la persona en cuanto tal, sino a la forma en la que ésta observa”. Niklas Luhmann, *Introducción a la teoría de sistemas...*, p. 167.

su límite, el mismo límite que presenta la epistemología convencional, lo impide.⁴

La anterior argumentación permite precisar más el objetivo de este trabajo. No busca clarificar las observaciones de la teoría de la historia, sino tomar en serio el desnivel que se produce respecto a las observaciones historiográficas, esas distinciones que produce la operación de investigación histórica. ¿Cómo se construyen esas observaciones? ¿Cómo se establecen los elementos que determinan su consistencia y funcionalidad? Del *qué* al *cómo*, el desplazamiento asume consecuencias divergentes. De las mismas sólo basta destacar una, central para explicitar la dimensión del objetivo buscado. Si se trata de una descripción de la operación, lo que se evidencia es un cambio en la función del ejercicio teórico. Para una perspectiva hasta hace poco tiempo incuestionada, la teoría sirve para resolver interrogantes del tipo ¿qué contenido de referencialidad presentan los juicios historiográficos? ¿Qué papel tiene el método en la investigación histórica en el sentido de comprobación empírica? ¿Qué permite a los historiadores captar las realidades pasadas?

Como forma de corregir errores, la labor sólo terminaba cuando esto se traducía en recomendaciones atendibles por los propios involucrados, es decir, los historiadores. Destacan en esto dos cuestiones: la cualidad normativa de la teoría y su condición externa a la propia disciplina histórica. Pero si el énfasis se coloca en el *cómo*, lo que se evidencia es la pérdida de contenido normativo y la condición *autorreferencial* de la labor teórica. De la primera se puede decir que la pérdida se convierte en ganancia cuando la reflexividad aportada se muestra como componente de la propia operación descrita. Esto, por supuesto, conduce a lo segundo: el carácter *autorreferencial* se juega en las posibilidades de describir la operación sólo desde las distinciones que ella misma involucra.

Así, se pueden realizar dos afirmaciones. Primero, no hay nada que corregir en la lógica de la investigación histórica, pues sólo hace lo que está en condiciones de hacer y, por tanto, no puede

⁴ Aclaro, el término *convencional* como adjetivo no se puede tomar como expresión peyorativa y, por tanto, pensar que disminuye la importancia del sustantivo con el que se encuentra asociado. Ya sea la teoría de la historia, la filosofía de la ciencia o la epistemología, su grado de convencionalismo refiere a la imposibilidad de acceder a la unidad de la distinción.

hacer lo que no puede hacer.⁵ La operación historiográfica funciona y es funcional por sí misma; de lo que se trata en el asunto teórico es de describir esa funcionalidad. Segundo, esa descripción tiene que ser igualmente histórica como una forma de *autoaplicación* de los criterios movilizados en la propia investigación histórica. Estas dos aserciones son las coordenadas generales del trabajo desarrollado en este estudio y se transmutan — particularmente el segundo — en un enfoque que busca solventar una cuestión particular: ¿qué significa explicar históricamente la disciplina histórica? Por otro lado, ambas se sintetizan en la apreciación de que si todavía es posible una teoría de la historia, ésta tendría que asumirse como *autorreflexión* disciplinaria.⁶

Más allá de si lo anterior es dable, de lo que se trata es de exponer la lógica de su funcionamiento, donde la pertinencia de la tarea está en la funcionalidad aportada a la propia operación y a los mecanismos de control interno que exhibe. Esto lleva a otra consideración importante. La noción operación supone ejecutar una racionalidad específica, donde la significación del término alude a un entramado sistémico. Es decir, la disciplina histórica en su lógica de investigación supone, necesariamente, una conformación como sistema operante. Ello conduce a sopesar la noción misma de disciplina y sus límites. Contrario a la idea de que una disciplina es la suma de las partes — incluso a veces se tiende a presentar a esas partes como sujetos (los historiadores) —, este libro asume que el todo es siempre más que la suma de las partes. Ni siquiera se trata, en este nivel, de aquel tipo de presunciones que atribúan toda producción cognitiva al sujeto, ya sea a su conciencia o a sus prestaciones racionales.

⁵ Luhmann cita una frase de Heinz von Foerster: “No se puede ver que no se ve lo que no se ve”. Niklas Luhmann, “¿Cómo se pueden observar estructuras latentes?”, en Paul Watzlawick y Peter Krieg (comps.), *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo. Homenaje a Heinz von Foerster*, trad. de Cristóbal Piechocki, Barcelona, Paidós, 1995, p. 60. Si se traduce la frase en una formulación trivial, el enunciado quedaría así: sólo se ve lo que se puede ver. Es trivial una expresión que condensa tautología, como la apuntada arriba en el cuerpo del texto (sólo puede hacer lo que puede hacer). Pero lo trivial no es contrario a la operación científica; más aún, la ciencia requiere de tautologías, como enseña el *constructivismo operativo*. La operación científica es una constante manera de destautologizar o desparadojizar por medio de su propia operación.

⁶ Jörn Rüsen, “Origen y tarea de la teoría de la historia”, en Silvia Pappe (coord.), *Debatos recientes en la teoría de la historiografía alemana*, trad. de Kermit McPherson, México, Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco/Universidad Iberoamericana, 2000, p. 68.

De nueva cuenta, la racionalidad de la operación no es equiparable a la presunta racionalidad de los sujetos que participan en ella. Y aquí, insisto, se trata de estudiar la operación, y la operación sólo define sus contornos desde ella misma. ¿Qué es, por tanto, un sistema? Es un entramado de elementos y las modalidades a partir de las cuales se estructuran. Ese mundo articula relaciones internas — se entiende que entre los elementos básicos que logran estructurarse — que permiten distinguir al sistema de las relaciones que se gestan en su entorno.⁷ Pero como esos elementos y las relaciones que es posible establecer entre ellos no se precisan como entidades o unidades estables — al tipo de realidades *ontológicas*, se podría decir —, generan siempre diferencias. Esos elementos son eventos o acontecimientos que tienden a desaparecer si no se enlazan con otros acontecimientos o eventos posteriores. Cuando logran enlazarse se crean estructuras, las cuales son más estables que los elementos enlazados. Esto introduce un gradiente de complejidad pues, primero, no se puede contar con un modelo de todas las relaciones posibles, ya que esas relaciones no se pueden prever ni siquiera al nivel de la operación misma: hay cada vez más elementos y relaciones entre ellos. Segundo, ese mayor número de relaciones entre elementos genera diferencias. La diferenciación constante es la condición para la reproducción del sistema: como los eventos son los elementos que desaparecen continuamente se exigen criterios para seleccionar los enlaces que los relacionan con eventos que van apareciendo. Hasta aquí dejo la consideración sobre la consistencia sistémica del saber histórico. En los diferentes capítulos se aborda la cuestión de manera más minuciosa y puntual.

Lo que interesa resaltar aquí de nueva cuenta son dos apreciaciones. Los elementos básicos del sistema son comunicaciones, no cosas. Estaría sobreentendido que cuando se habla de interpretaciones, juicios o conocimientos históricos no se alude a una condición de orden mental sino a una materialidad específica: enunciados y conjuntos de enunciados escritos por lo general. Si se trata de escrituras — lenguaje escrito — ese *medio* permite delimitar la *forma* de

⁷ Niklas Luhmann, *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*, trad. de Silvia Pappe y Brunhilde Erker, bajo la coordinación de Javier Torres Nafarrate, México, Alianza, 1991, p. 36. No está de más enfatizar: no hay sistema sin límites, por lo que la distinción básica que permite identificar un sistema es la que se establece entre sistema y entorno.

una operación comunicativa determinada. Por tanto, la operación sistémica de la disciplina histórica se juega en el orden de lo comunicable. Segundo aspecto: la funcionalidad del sistema no se consume en su interior, sino en la capacidad de aporte que se presenta para el sistema global. ¿A qué se refiere ese sistema global? Sin duda, al sistema social en su conjunto. El modelo de operación sistémica que puede ser aplicado a la disciplina histórica está instaurado por el sistema social.

Sin embargo, lo anterior no sólo define la relación conocimiento histórico-sociedad, sino que expresa el condicionante social de todo conocimiento científico. Ya la historia de la ciencia, uno de los rubros de la investigación histórica – pero también la sociología de la ciencia – se ha encargado de darle plausibilidad a esta perspectiva: la condición que permite el conocimiento científico no puede ser mas que de carácter social. La historia, como todo sistema científico, es una empresa característicamente social.⁸ De tal suerte que lo se gesta es una relación intersistémica entre la disciplina histórica y una sociedad funcionalmente diferenciada. Pero habría que aclarar que esta relación, asimétrica en su condición formal, tiene además un elemento central: el sistema social y la historia comparten la misma operación básica: la comunicación. De hecho, la emergencia y el desarrollo del saber histórico es un orden explicable como conquista evolutiva de la sociedad tardomoderna, donde el nivel alcanzado se corresponde con la diversificación y ampliación de los procesos comunicativos.

Analizar su funcionamiento debe implicar, además de lo apuntado anteriormente, un procedimiento análogo a aquel que busca dar cuenta de la estructuración del sistema político, del sistema económico o del derecho. Todos éstos y otros más, incluida la historia, son subsistemas producto de la diferenciación social alcanzada. Se sigue del razonamiento anterior una particularidad que se ha intentado explotar analíticamente: la ciencia de la historia presenta una singular estructura circular, pues aquello que pareciera conformar sus objetos de estudio articula al mismo tiempo sus condiciones de

⁸ “Con el título de *La ciencia de la sociedad* queremos indicar que la ciencia no será tratada aquí como un observador que oscila libremente sobre el mundo, sino como una empresa de la sociedad que produce conocimiento, y formulado con mayor precisión, como el sistema funcional de la sociedad.” Niklas Luhmann, *La ciencia de la sociedad...*, p. 9.

posibilidad. Lo que encuentra como áreas de estudio y objeto de investigación son, entonces, sus propios rasgos de condicionalidad social. Esto arroja consecuencias de primer orden en el ejercicio de descripción, pues antes que tener como meta captar la realidad de los eventos pasados, esta ciencia del presente ejerce la función de proveer a la propia sociedad de observaciones sobre sí misma.

De esta tesis se sigue la importancia que adquieren en términos epistémicos las relaciones que la historia ha entablado a lo largo del siglo XX con las ciencias sociales y sus campos diversificados de investigación. No tendría por qué haber dudas sobre la legitimidad de una afirmación análoga, pero ahora respecto a la funcionalidad de esta clase de ciencias; historia y ciencias sociales comparten la productividad cognitiva de esa circularidad. La autoimplicación señalada —extrapolable a toda ciencia que trabaje sobre realidades sociales o culturales— define un circuito, una suerte de circularidad, que se ha ido convirtiendo en uno de los rasgos más llamativos de las teorías cognitivas. Podría incluso decirse que la relación sujeto/objeto ha sido sustituida por una perspectiva donde la circularidad y la paradoja resultante adquieren potenciales de gran riqueza reflexiva. Esta relación y los diversos puntos de contacto que se generan en el orden de la circularidad mencionada se expresan en el nivel teórico y metodológico.

De su análisis se desprende, como recurso analítico, la cualidad de *transversalidad* que presenta la historia respecto de la investigación social y de las disciplinas que la ejecutan. En sentido hipotético, en este estudio la situación de transversalidad se trata como factor crucial en la continuación y reproducción de la investigación histórica. Toda su estructura cognitiva es producto de esas singulares relaciones, lo que incluye el conjunto de su armazón operativo (clausura operativa) y de su cualidad como ciencia productora de observaciones de segundo orden (clausura cognitiva). Si bien se analizan dichas relaciones en varios niveles —categoriales, conceptuales o de esquematización, de funcionalidad para el sistema social— se enfoca con mayor detenimiento la manera en que afectan los procesos metódicos de investigación. Esto supone revisar las modalidades por las cuales se han discutido los problemas metodológicos de la historia desde su emergencia moderna, es decir, desde su transformación en sistema cognitivo.

Por otro lado y con todo lo expuesto hasta aquí se hace evidente la importancia que tiene la obra de Niklas Luhmann para esta clase de planteamientos. No se ha realizado otra cosa hasta aquí que introducir en este prólogo sus perspectivas, conceptos y categorías, al adoptar una orientación general como modalidad de propuesta epistemológica. Así, una suerte de hipótesis general consiste en considerar que las propuestas realizadas por Luhmann pueden impulsar la investigación en el campo de una epistemología de la historia transformada; esto es, que traslade su interés hacia los criterios y las distinciones que permiten construir observaciones historiográficas en el marco de un régimen operativo concreto. Una epistemología de la historia con este perfil tendría que dar cuenta de cómo esa forma de saber es producto específico de una sociedad particular: la que se desarrolla a partir del siglo XIX. En palabras de Luhmann, “una teoría del conocimiento debe tener en cuenta la diferenciación de un sistema funcional de la ciencia y hacer de esta posibilidad misma un objeto de reflexión”.⁹

El objeto de deliberación de una epistemología de la historia es, por tanto, un inusual subsistema funcional de la sociedad. Pero no sólo se trata de una orientación general, sino de la incorporación de una propuesta específica que llena de contenido analítico a ese subsistema social. Como toda ciencia, es decir, como todo *medio de comunicación simbólicamente generalizado*, la historia es un “sistema operacionalmente cerrado, codificado de manera binaria y, por ello autónomo y autopoietico”.¹⁰ Su función es construir conocimiento, donde esta cualidad cognitiva se resuelve por medio de observaciones/comunicaciones ceñidas a una modalidad codificada. Si la historia despliega esa funcionalidad en el *medio verdad*, la forma codificada de manera binaria es la distinción *verdad/no verdad*.

Por tanto, las cogniciones no están orientadas a la captación de datos reales del entorno, sino que son producto de distinciones características de las comunicaciones historiográficas mediatizadas por su codificación. Su problema central es continuar con las comunicaciones historiográficas mismas (*recursividad*), lo que supone la reproducción autopoietica de las operaciones de investigación histórica. En

⁹ *Idem.*

¹⁰ *Ibid.*, p. 216.

otras palabras, este libro busca acreditar una modalidad de aplicación de las propuestas de Luhmann en los dos niveles mencionados, tanto en el ámbito de la orientación general como en la formulación hipotética específica. No se trata de una presentación sistemática de esa obra, ni mucho menos de un intento de hacer accesible un vocabulario — quizá habría que decir vocabularios — como medio introductorio para leer a Luhmann, sino de explotar su productividad para una propuesta como la enunciada.

De esta forma, los dos primeros capítulos están dedicados a circunscribir las herramientas reflexivas necesarias, lo que supone un trabajo ya sesgado de lectura de la obra de Luhmann. En los tres siguientes capítulos se desarrolla propiamente el ejercicio de aplicación en los dos niveles señalados. Están dedicados, por tanto, a desarrollar una propuesta de epistemología del saber histórico. Pero también pueden leerse de otra manera. En su desarrollo se especifican los transvases, las modificaciones, las transformaciones que llevan de un enfoque epistemológico convencional, producto de un tratamiento filosófico determinado (la filosofía de la ciencia), a otro tratamiento que puede ser visto como sociológico, pero que tampoco es independiente de la aplicación de elementos provenientes de la propia investigación histórica. Esto sería, finalmente, lo que se trataría de reivindicar: la epistemología de la historia es una modalidad más de investigación histórica, donde su cualidad autorreferencial no esconde sus potenciales recursivos para la propia disciplina.